5. ЗАПАДНОЕ ХРИСТИАНСТВО В СОВРЕМЕННОМ МИРЕ

Giorgio Faro

EL SENTIDO DEL TRABAJO ENTRE LA REFLEXIÓN CRISTIANA Y LA SECULARIZACIÓN MODERNA

The founder of «Opus Dei» Josemaría Escrivá had anticipated the II Vatican Council teaching and the later labor theology, developed in the limits of the Social conception of the Roman Catholic Church. Josemaría claimed that the Church could easier come to the unity of all belivers in case it admits value of routine, as well as reveals higher sense of everyday labor, domestic life, and social relations.

Key words: *Christianity, secularization, routine, labor, family*

1. La reflexión cristiana sobre el trabajo, desde los comienzos del protestantismo hasta el nacimiento de la Doctrina social de la Iglesia católica: el contexto

En la segunda parte del siglo XIX, la "cuestión social" es el problema de fondo en el mundo occidental, como pesada herencia de la revolución industrial. Esta última, nacida en la segunda mitad del siglo XVII en el Reino Unido -a partir de la industria textil- después se ha difundido gradualmente en los Estados Unidos y en Europa, en todos los sectores industriales.

El hombre protestante del siglo XVI sabe que, si se quiere salvar, tiene que hacer dos cosas: creer en Cristo Salvador, capaz de perdonar todos los pecados, y trabajar, como castigo después del pecado original. También para el filósofo luterano S. Kierkegaard, la misión del cristiano en el Edén era obedecer al mandamiento divino: ¡reza! Después del pecado original, hay mandamiento nuevo: ¡trabaja! Reza y trabaja.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Pero, si en Lutero las obras no tienen valor, y existe solo la fe, don de Dios, ¿quién, aunque haya trabajado toda su vida, tiene la seguridad de creer hasta el final en Cristo que salva? Solo -responde el puritano inglés (el puritanismo es una filiación del calvinismo)- aquel a quien Dios da la señal psicológica de la predestinación: aquel al que Dios hace "rentable" su trabajo. El trabajo mejor es apreciado y bien remunerado. Quien lo realiza bien, sabe que es un "predestinado", gracias al dinero que gana. No es el predestinado quien se gana la salvación con el trabajo o con el dinero, sino que es Dios quien hace "rentable" el trabajo del predestinado a la salvación, revelándole que es un predestinado.

Además, el calvinista es sobrio, no utiliza su dinero para divertirse o conseguir placer. Por el contrario, tiende a reinvertirlo, para aumentar y multiplicar su actividad, confirmándose así en la predestinación. La pobreza se identifica con el riesgo del Infierno y el que no trabaja tiene la seguridad de ir al Infierno. "El trabajo os hará libres" es también el lema, de matriz luterana, expuesto en los campos de concentración nazis. El trabajo, según el hombre luterano, tiene solo un significado punitivo, además de ser una condición necesaria (unida a la fe) para la salvación. Este, el sentido de la invectiva luterana: *maledicta sit charitas! (maldita sea la caridad).* O sea: maldito el que vive como un mendigo, pidiendo de la caridad, porque no trabaja. Fuera los monjes y las monjas de los monasterios: a trabajar!

Cuando a este modo de ver las cosas, reelaborado por el calvinismo puritano inglés, se une a finales del siglo XVII la confianza en la razón, propia de los iluministas que inician a poner en entredicho a Dios y a la gracia -con frecuencia masones, deístas o ateos (B. Mandeville, A. Smith, B. Franklin)-, nace el cóctel explosivo del capitalismo moderno: individualista y agresivo. Su logíca es la siguiente: "no tenemos ninguna necesidad de la gracia. Dios ha dado la razón al hombre, y después se alejó y se desinteresó de su criatura. La razón es suficiente para construir nuestro paraíso: ya no necesitamos a Dios". Y de este modo, sigue el sucesivo desarrollo hacia la ética secularizada del éxito individual y de la discriminación social entre ricos, los predestinados al éxito, y pobres, los no predestinados. Nunca el calvinismo -también el puritano- se atrevió a plantear en estos términos su doctrina.

Resulta después claro que, al alejarse de las raíces religiosas, es corto el paso que en el deísmo genérico lleva a considerar "olvidados

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

de Dios" a los hombres que viven en la miseria y a los pueblos del Tercero mundo. Todo esto favorece el individualismo: en Lutero, el mismo problema de la salvación se convierte en una cuestión individual. El verdadero problema no es saber quién es Dios (la razón "es la prostituta del demonio", según Lutero), sino qué hay que hacer para salvar el alma. El liberalismo, que nace individualista, es la versión política del puritanismo adoptada por el iluminismo y por el proceso de secularización.

Después de 1850, gracias a Augusto Compte se impone una nueva ciencia positiva, la Sociología, inicialmente llamada *Física Social*. Esta ciencia es hija de la revolución científica de Galileo, che da origen a las ciencias experimentales, basadas sobre la contribución de los modelos matemáticos, como intento de comprensión del exacto funcionamiento de la sociedad, y así descubrir las leyes que regulan el mecanismo social. También tiene que resolver los problemas heredados de la Revolución francesa, que ha creado un estado que confina directamente con los ciudadanos, sin ningún cuerpo social intermedio, como lo eran una vez los gremios laborales y las numerosas asociaciones cristianas de solidaridad; y de la revoluciòn industrial, con su *cuestión social*.

Compte es el ideólogo del cientificismo: para él, la religión sería la infancia de los pueblos, la filosofía correspondería a la adolescencia, mientras que las ciencias exactas, positivas (basadas exclusivamente sobre "los hechos" y experimentadas "con hechos") constituyen la madurez. Un día, gracias al progreso sociológico, el exacto conocimiento y el respecto de las leyes sociales nos permitiran constituir la sociedad ideal, perfecta: el paraíso en la tierra, cuyo artífice -con el progreso científico- solo será el hombre.

Esta es la utopía de Compte: el progreso científico es la nueva divinidad, ¡y el científico su sacerdote! Fideísmo y cientificismo van de acuerdo. Demasiado a menudo se olvida que el eslogan del cientificista define como verdad solo aquella que es accesible desde una verificación experimental, sin darse cuenta que este lema ("es verdad razonable solamente aquella que encuentra su confirmación gracias al experimento") no es objeto de experimentación.

El marxismo propone otro modo de resolver la cuestión social, diferente de lo propuesto por Compte. Los sociologos se limitan a analizar modelos de sociedades perfectas, mientras que permiten a los poderosos que conserven su poder político y económico y que sigan

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

explotando a los pobres. Según el marxismo, no se trata de interpretar la sociedad, sino de cambiarla de modo violento y radical con una revolución, para después reconstruir un mundo nuevo, que un día culminará en la sociedad comunista perfecta, basada en las leyes inflexibles de la economía. Solamente gracias a la revolución, y después de una fase transitoria en la que los proletarios en el poder aprenderán a administrar el capital y los medios de producción, así como las nuevas aplicaciones conseguidas por el progreso científico, se llegará al comunismo, es decir, al paraíso en la tierra construido por el hombre. En este paraíso, a nadie le faltará nada necesario, no habrán pobres, ni privilegiados, ni guerras o luchas. Se instaurará el reino de la paz, el fin de la historia. Por último, dejaran de existir el estado y la autoridad. Y pocas horas de trabajo altamente tecnológico y automatizado serán suficientes para que el hombre pueda gozar de muchas horas de tiempo libre. Esta la receta de Marx, que deja al futuro la tarea de comprobar la bondad de su proyecto.

A diferencia de Compte, como nueva metafísica o fundamento de la realidad social Marx pone la economía, en vez de la sociología. Pero la revolución y la violencia iniciales que predica Marx, no gustan a los sociólogos, que en general son anti marxistas. Hablan de progreso y de evolución social, no de revolución armada.

Por su parte, Max Weber, un sociólogo de la segunda generación critica Marx, Compte y el cientificismo: no existen ciencias exactas capaces de explicar toda la realidad con una teoría atractiva, revolucionaria o evolucionista. Los hechos sociales no se explican solo con leyes sociales, como piensa Compte, ni con leyes económicas, como piensa el liberalismo radical y el marxismo. Los fenómenos sociales, dice Weber, se explican mejor gracias a la multiforme e imprevisible libertad del hombre y una pluralidad de causas. Lo que significa que la sociología es una ciencia humana, y por lo tanto no es totalmente previsible, no se trata de una ciencia exacta.

Weber critica el primado causal que Marx da a la economía con un celebre estudio (*La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, 1905) que demuestra como inconscientemente, los puritanos (calvinistas ingleses) son los precursores del capitalismo moderno, que con el sucesivo proceso de secularización mediado por la Ilustración, desemboca en una ética individualista del resultado y del éxito. Lo más notable es que todo este proceso ha sido originado al buscar una solución a un problema típica-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

mente religioso y no económico: la necesidad de obtener una señal segura de predestinación a la salvación.

Por lo tanto, lo que Marx combate como fenómeno económico perverso, tiene en cambio motivos religiosos. El calvinismo puritano, dice Weber, no es la única causa del capitalismo moderno, pero sí, es una de las más importantes. El límite de Weber radica en no explicar la conexión importantísima existente entre el puritanismo y la Ilustración escocesa, que todavía hoy da a la palabra "capitalismo" una connotación negativa, pues privilegia los beneficios, los resultados económicos, por encima de las personas.

En este marco, a fines del siglo XIX un papa, León XIII, escribe una encíclica que aparentemente no tiene nada que ver con los problemas eternos de la fe y la salvación de las almas. La encíclica está totalmente centrada en un problema de máxima actualidad: la *cuestión social*, es decir, los conflictivos problemas que emergen en el mundo del trabajo, como consecuencia de la revolución industrial. En esta encíclica, la *Rerum Novarum*, publicada en 1891 (con el significativo subtitulo *Sobre la condición del mundo obrero*), el papa presenta una serie de reflexiones obtenidas de la Revelación, para intentar encontrar una solución al conflicto entre capitalismo y proletariado, evitando tanto los ciegos fideísmos en el progreso científico, como la revolución. La encíclica denuncia la falta de justicia social y las discriminaciones infligidas a los proletarios y a los pobres, autenticas victimas de la revolución industrial de un modo tan enérgico y vigoroso, que las grandes potencias europeas conservadoras de su tiempo se escandalizaran y acusaran a León XIII de ser *un papa socialista*. "¿Cómo es posible que los miembros de la jerarquía cristiana se ocupen de cuestiones temporales y de actualidad? Su deber es pensar solo en las cuestiones eternas, como se vaya al Cielo, en la salvación de las almas, ¡y nada mas!"

Las potencias conservadoras de aquel momento se habían dado cuenta, a su modo, de que acababa de nacer una nueva disciplina en la Iglesia católica, que más adelante se llamará *Doctrina Social de la Iglesia*. Porque la Iglesia se interesa también de los grandes problemas temporales de este mundo, pero debe abordarlos de un modo especial, que vamos a describir y que implica una nueva perspectiva de la Iglesia, como pueblo de Dios, donde cada miembro ejerce su propia función.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

2. Un precursor de la reflexión cristiana sobre el trabajo y los fieles laicos, que anticipa el Concilio Vaticano II y la sucesiva teología del trabajo, desarrollada en la Doctrina Social de la Iglesia Católica: san Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei

Terminada esta breve síntesis histórica y cultural de los acontecimientos relativos al mundo del trabajo, tal como se han llegado a definir en nuestra época, hay dos mensajes proféticos manifestados por san Josemaría (1902-1975), ya en la primera mitad del XX siglo: *la llamada universal a la santidad y al apostolado* (o sea, el papel de los fieles laicos en la Iglesia) y *el trabajo como medio de santificación*.

Durante mucho tiempo, en el mundo cristiano, la categoría del fiel laico se vio como algo marginal. El laico es aquel fiel que tiene que obedecer y someterse a la jerarquía, sin una misión específica. En su vida en el mundo, en el matrimonio, en el trabajo, puede solo aspirar a una vía de salvación inferior y genérica. En el mundo cristiano se había impuesto la idea de que la persona que verdaderamente aspiraba a la santidad tenía che cambiar de estado, abandonando el mundo para hacerse sacerdote y entrar así a formar parte de la jerarquía eclesiástica; o, todavía mejor, para hacerse monje o fraile, sin entrar en la jerarquía, pero permaneciendo en el corazón contemplativo de la Iglesia y al servicio a los pobres.

En los años treinta del siglo pasado, un joven sacerdote católico, San Josemaría Escrivá, comenzó a predicar que todos los bautizados están llamados a la santidad: sacerdotes, religiosos (monjes y frailes) y laicos. Que Marta y Maria (Lc 10,38-42) no constituyen una contraposición entre vida activa y vida contemplativa, sino que representan ideales capaces de fundirse y ser vividos en una misma persona. Dios llama a todos a ser santos. Y existe no sólo una santidad fundada en carismas especiales, sino también otra, fundada sobre la santificación de la vida ordinaria, familiar y profesional. El laico ya no es el fiel que participa de un modo residual y pasivo en la vida del pueblo de Dios, que es la Iglesia. Por el contrario, posee un ámbito específico de santificación: santificar las realidades y estructuras temporales y sociales de este mundo. No se trata de adaptar al fiel laico unos modelos parciales, sacados de la vida de los monjes o frailes, como algunos proponían, sino de identificar la espiritualidad *propia* de los fieles laicos.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Esta doctrina demuestra que sacerdotes y laicos tienen misiones complementarias para el bien de toda la Iglesia. A la gerarquía, a los presbíteros, compete realizar la función docente y exaltar lo que, en el ámbito de fe y de moral, es necesario para vivir como cristiano y hombre de buena voluntad, y así ganar la vida eterna. También les corresponde la tarea de confeccionar, perpetuar y administrar los sacramentos, signos de la gracia; y el gobierno de la Iglesia.

Pero, ¿cuál es el modelo de santificación propio del fiel laico?

Según san Josemaría, se puedes buscarlo en la familia de Nazaret, y específicamente en los treinta años de vida escondida de Cristo, hombre y ciudadano común, uno más entre los habitantes de Nazaret. Que trabaja, y cada sábado participa en las reuniones de la sinagoga: como todos. Es el mismo Cristo, pero antes de inaugurar su ministerio publico y su papel mesiánico, con su Bautismo. También aquella vida sencilla, vivida por Jesús normalmente y sin milagros hasta el Bautismo (el primer milagro es el de Caná: Gv 2,12), no solamente prepara la Redención, sino que ella misma es ya Redención.

Cuando san Josemaría, en los años Treinta del siglo pasado, inicia a difundir la idea que los militares, los comerciantes, los matrimonios, las personas humildes o ricas, podrían aspirar a la santidad, esta doctrina pareció una herejía. Sin embargo, más tarde, el Concilio Vaticano II (1963-65) declararía doctrina común de la Iglesia católica aquellas ideas de san Josemaría: la llamada universal a la santidad y al apostolado, y la misión específica del fiel laico que san Josemaría preconizaba desde tiempo. Al fiel laico compete santificar la actividad que más horas -en los días laborales- nos lleva: el trabajo profesional, que el Opus Dei pone come medio principal de santificación, sin excluir las demás actividades y tareas de la vida ordinarias, familiares, sociales y civiles. Todo realizado en la presencia de Dios.

San Josemaría aparece así como un precursor de aquella "*teología del trabajo*" que después se desarrolló en la *Doctrina social de la Iglesia*, no sólo entre los católicos, sino también entre nuestros hermanos ortodoxos rusos, en su original versión, titulada *Los fundamentos de la concepción social* (2000).

La reflexión ética y teológica social de la Iglesia es la mejor respuesta al marxismo. Es falso que la Iglesia se desinteresa de los problemas temporales de este mundo y, que por lo tanto, la religión es el opio de los pueblos; o que la Iglesia debe ocuparse solamente de las cosas del

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Cielo. Toda la Iglesia se preocupa del hombre, que es un ser histórico y que vive en este mundo creado por Dios. Los presbíteros y los fieles laicos se refieren al mundo, pero de una manera diferente.

A la jerarquía compete indicar aquellos principios fundamentales de la ética social, extraídos de la meditación de la Sagrada Escritura y de la Sagrada Tradición, en los que los fieles laicos pueden buscar -con esfuerzo personal y creativo- soluciones posibles con medios técnicos adecuados, y contribuir a resolver así los problemas de este mundo, favoreciendo la creación de un justo orden de la realidad social. No es la jerarquía, en cambio, quien debe encontrar soluciones técnicas a los problemas temporales. Estas competen a la libre y responsable iniciativa de los cristianos laicos que, partiendo de los principios morales sugeridos por la jerarquía, extraen teorías razonables y comprensibles también por los que no comparten nuestra misma fe. Después, compete a los laicos el esfuerzo, el riesgo y la responsabilidad de ponerlas en práctica, buscando nuevas formas de actuación, idóneas a crear una justicia social. O por lo menos, que tiendan hacia un mundo más justo.

El mensaje que vinculaba san Josemaría al Opus Dei, hoy prelatura personal (1982), es decir, una parte de la estructura jerárquica de la Iglesia católica -pero compuesta fundamentalmente por fieles laicos-, se presentaba *"viejo como el Evangelio, y como el Evangelio, nuevo"*. San Josemaría nos recuerda que el imperio romano fue evangelizado de modo capilar, en sus fundamentos, gracias al apostolado y proselitismo de los laicos bautizados, que trabajaban y vivían entre los paganos. Precisamente el trabajo se reveló una ocasión muy fecunda de apostolado. Orígenes nos recuerda que un intelectual estoico y anticristiano, Celso (I-II siglo) se quedaba escandalizado por que, gracias a su trabajo, los mismos comerciantes se manifestaban muy activos en la difusión del nombre de Cristo (cf. *El discurso verdadero*, III,55).

Para poner en claro que esta doctrina, que -todavía hoy- podría parecer novedosa, ya estaba presente (aunque después cayó en el olvido) en el cristianismo de los principios, deseo subrayar esta cita de san Agustín, uno de los Antiguos Padres de Occidente: *"in necessariis unitas; in dubiis, libertas; in omnibus charitas"* ("en las cosas necesarias, unidad; en las opinables, libertad; en todo, caridad"). Es decir, la unidad es el fundamento de las cosas necesarias, en la fe y en la moral (los sacramentos incluídos), para nuestra salvación: no es posible transigir u opinar acerca de ellas. Esta es la tarea-guía de la Iglesia jerárquica, a la que el fiel

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

laico debe permanecer unido. Entre las realidades temporales, que por su naturaleza plantean problemas abiertos, y donde las diversas soluciones son opinables (*in dubiis*), y no hay nada que pueda garantizar la seguridad de estar en lo justo, entre los cristianos laicos -ellos mismos son Iglesia- es necesario que prevalezca el respecto a la libertad de los demás. Un problema temporal no tiene necesariamente una única solución.

Con palabras de san Josemaría: "*Son muchos los aspectos del ambiente secular, en el que os movéis, que se iluminan a partir de estas verdades. Pensad, por ejemplo, en vuestra actuación como ciudadanos en la vida civil. Un hombre sabedor de que el mundo y no sólo el templo es el lugar de su encuentro con Cristo, ama ese mundo, procura adquirir una buena preparación intelectual y profesional, va formando con plena libertad sus propios criterios sobre los problemas del medio en que se desenvuelve; y toma, en consecuencia, sus propias decisiones que, por ser decisiones de un cristiano, proceden además de una reflexión personal, que intenta humildemente captar la voluntad de Dios en esos detalles pequeños y grandes de la vida. Pero a ese cristiano jamás se le ocurre creer o decir que él baja del templo al mundo para representar a la Iglesia, y que sus soluciones son las soluciones católicas a aquellos problemas. ¡Esto no puede ser, hijos míos! Esto sería clericalismo, catolicismo oficial o como queráis llamarlo* (Amar el mundo apasionadamente, nn. 116–117).

Es necesario, por lo tanto, que quienes proponen libremente una solución en asuntos temporales, se asuman la responsabilidad. Por esto es necesario que respete también a otros cristianos que piensan de una manera diferente a la suya, sobre las cuestiones civiles, políticas, económicas, profesionales, etc., que nos afectan. El vínculo de la caridad, y el cuidado de los principios morales que la Iglesia jerárquica recuerda a todos los fieles, es en realidad lo que une al pueblo cristiano. Aquí ahora presento una síntesis propuesta siempre por el mismo san Josemaría, que incitaba:

a) a ser lo suficientemente honrados, para pechar con la propia responsabilidad personal;

b) a ser lo suficientemente cristianos, para respetar a los hermanos en la fe, que proponen en materias opinables soluciones diversas a la que cada uno de nosotros sostiene;

c) y a ser lo suficientemente católicos [en el sentido clásico, de tener una perspectiva universal], para no servirse de nuestra Madre la Iglesia,

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

mezclándola en banderías humanas (Cf. Amar el mundo apasionadamente, n. 117).

Ahora podemos definir mejor dos términos muy actuales. Se define como *clericalismo* la indebida intrusión de un representante de la jerarquía, sacerdote u obispo, que propone determinadas soluciones técnicas, para resolver un problema de naturaleza temporal. Quién lo hace yerra, por que no tiene la profesionalidad necesaria y no tiene tampoco la gracia de Dios, relativa a su propio estado, para expresar su opinión. Puede ciertamente y debe ofrecer y aclarar los *principios* siempre actuales, evangélicos, donde se puede encontrar una posible solución, *pero no la solución misma* acerca de un peculiar problema temporal. A su vez, se define como *laicismo,* la actuación de un fiel laico que quiera enseñar lo que la Iglesia jerárquica debería decir sobre cuestiones relativas a la fe, la moral, los sacramentos (o sea sobre cuestiones ***no*** opinables), a todos los fieles. En ambos los casos, ni el clerical, ni el laicista, tienen la gracia necesaria, por su estado en la Iglesia y en el mundo, para encontrar una solución adecuada en un campo que no es el suyo.

Un contemporáneo de san Agustín, otro antiguo y muy celebrado Padre de la Iglesia, pero oriental, san Juan Crisóstomo, comprendía bien la dimensión de la autonomía y de la complementariedad del papel del bautizado laico, en la Iglesia. De una manera muy clara, entre el siglo IV y V de la era cristiana, ya podía afirmar el valor de la llamada universal a la santidad, antes que el mundo se la olvidara durante tanto tiempo: "*es un error monstruoso creer que el monje tiene que conducir una vida más perfecta, mientras los otros deberían desentenderse de esta preocupación... Laicos y monjes deben ganar una* ***idéntica perfección***" (*Contra los adversarios de la vida monástica* 3,14). Precisamente en un texto donde el patriarca de Costantinopla tutela el valor de la vida monástica, hay esta clara y profunda defensa de la dignidad de la vocación de los fieles laicos a la santidad.

San Josemaría Escrivá no ha hecho más, que recuperar el valor de esta verdad de la Iglesia, tras muchos siglos de olvido. En la historia de la Iglesia (aquí me refiero a la Católica), la idea que un común fiel laico puede ser muy santo, por medio de su vida ordinaria y del trabajo, había sido totalmente olvidada...

Está claro que también entre los monjes, orientales y occidentales, el trabajo ha sido siempre entendido como una actividad muy digna, no solamente necesaria para la autonomía económica del monasterio y la

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

solidaridad, ni solamente como medio de lucha ascética para combatir el ocio. Pero, si puedo atreverme a una comparación un poco audaz, el trabajo frecuentemente era entendido come la hora destinada a la gimnasia en las fábricas japonesas. Esa hora se considera importante, porque permite al obrero volver al trabajo con más ahínco y productividad. Entre los monjes, el trabajo -además de lo ya dicho-, ofrecía la posibilidad de reiniciar las actividades contemplativas, verdadera prioridarid del cristiano, con más ahínco y eficacia. La vocación del monje recuerda a todos que no es posible santificarse y santificar, si antes no se busca Dios en la oración y en los sacramentos.

Probablemente con más insistencia en Occidente, también por el prestigio en la Iglesia católica de un religioso y teólogo como Tomás de Aquino, que en el siglo XIII distinguía, como el filósofo Aristóteles, entre los trabajos liberales y serviles se ha perpetuado la diferencia entre actividades intelectuales o contemplativas, y manuales. ¿Como superar esto dualismo, esta alternativa, entre vida contemplativa y vida activa?

Es propio de san Josemaría haber intuido la preeminencia del trabajo y de las actividades ordinarias del fiel laico, valorizando aquel sacerdocio común de todos los bautizados (todos los cristianos constituyen un "pueblo sacerdotal"), oscurecido por la polémica con los reformadores luteranos. Éstos, en efecto, para exaltar el sacerdocio común de los bautizados habían abolido la distinción sacramental (el orden sagrado) con el sacerdocio ministerial, propio de los presbíteros, que marca la pertenencia a la Iglesia jerárquica. El trabajo es el sacrificio ofrecido por los laicos, como pueblo sacerdotal, que propaga -de un modo misterioso- el del altar, confiado a los presbíteros. A su vez, el pan y el vino con los cuales los sacerdotes confeccionan el sacramento más elevado, la Eucaristía, no son elementos naturales sino el resultado del trabajo humano, obra del pueblo sacerdotal (el *Apocalipsis* habla de un "reino de sacerdotes", cfr. 5,10).

El trabajo, según san Josemaría. será santificable si el laico creyente, que frecuenta los sacramentos, emplea también algunos momentos de su jornada para la oración contemplativa: así podrá ofrecer su trabajo, *como una oración,* y sacrificio gradito a Dios, divinizable. Santificar el trabajo significa no contraponerlo como algo alternativo o complementario a la oración contemplativa, sino convertirlo en oración contemplativa. Esto es lo que el laico puede hacer, cualquiera que sea su tipo de trabajo, con tal que sea honrado: intelectual o manual. El lema de algunos

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

monjes, compartido también por los protestantes, "*¡reza y trabaja!*", ahora se transforma en: "*¡convierte tu trabajo en oración!*" Marta y María son así una misma persona. Esto vale también para cualquier actividad ordinaria, como nos recuerda san Pablo: "*sea que comáis, sea que bebáis, ofreced todo a Dios*".

Precisamente la profesionalidad, la estima profesional que un cristiano debe gozar entre sus compañeros de trabajo, puede garantizar el hecho de ser escuchado cuando, en una relación personal de amistad y confianza, decide hablar con ellos de Dios. Pero, para gozar de esa estima profesional, que para san Josemaría constituye nuestro anzuelo de pescador de hombres, es necesario el esfuerzo de conseguir una buena profesionalidad técnica y deontológica, y alcanzar también las virtudes exigidas por la solidaridad con el concurso de la gracia de Dios. Sólo el trabajo honrado puede ser santificado.

A su vez, san Josemaría rectificaba el error teológico de los protestantes sobre el trabajo, concebido solamente como castigo, después del pecado original. San Josemaría recordaba el paso del *Génesis* (2,15), antecedente al pecado de Adán y Eva, que dice que Dios puso al hombre en el jardín del Edén "*para que lo trabajara y lo custodiara*". Y también: "*como las aves han nacido para volar, el hombre ha nacido para trabajar*" (Job 5,7). Sin que por eso, se atribuya al trabajo las características del fin ultimo de la existencia humana (cfr. Mc 2,27).

El trabajo que Dios confía al hombre tiene las notas distintivas del trabajo del administrador, no del propietario. Después del pecado original, al trabajo se asocia la fatiga, el dolor, las injusticias o discriminaciones sociales, que a menudo vemos en nuestro entorno (cfr. *Génesis* 3,19). Compete al laico cristiano no olvidarse de que toda la Creación ha salido de las manos de Dios y, de que por lo tanto, la tarea del hombre es la de reconducir lo creado a su hermosura original, a través del propio trabajo santificado, destinado a la persona, a su servicio, y no al beneficio económico en sí mismo (pero también necesario para mantenerse y contribuir a la solidaridad civil). San Josemaría nos recuerda que "*el trabajo ha nacido del amor, manifiesta el amor y se orienta al amor*". La profesión se convierte así en parte integrante del camino hacia la santidad. El fin del Opus Dei es de buscar la santidad personal y el apostolado. El medio: la santificación del trabajo profesional.

Todos los bautizados, laicos, religiosos y sacerdotes, poseen la misma vocación a ser "*perfectos como nuestro Padre que está en los Cielos*" (Mt

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

5,48). Se trata de valorizar cada actividad, juntamente con la de la pro pia profesión. Sabremos comportarnos de una manera profesiona también en familia y en las relaciones sociales, solamente si sabremo ganarnos la estima profesional en el nuestro trabajo, ofrecido a Dio como oración sacrificada. No existen actividades honradas que no s puedan santificar. Por esto, a la pregunta de un periodista, sobre cual e el trabajo más importante, el de un zapatero o el de un primer ministro san Josemaría respondió que no lo podía saber, mirando solo el aspecto externo. Pero que era seguro que de los dos, el trabajo mejor era e ofrecido con más amor de Dios.Y por lo tanto, bien hecho.

Por último, contrariamente a la épica actual del trabajo, propia de una civilización racionalista que convierte en un mito el progreso científico, y que basa todo en el resultado, el Dios de los cristianos no se fija en el resultado humano, sino más bien en el esfuerzo -motivado por e amor-, realizado para conseguir aquel resultado. Un anuncio publicitario de pneumáticos, de hace algunos años, decía: "*no importa cuanto camino has recorrido, sino* ***como*** *lo has recorrido*".

Traducido al idioma cristiano, esto significa, siempre hablando de trabajo honrado: "no interesa aquello que uno hace, y si consigue o no el éxito: más bien importa cuánto amor a Dios y a los hombres, manifiesta cuando hace algo, junto con su competencia, su profesionalidad y su espíritu de servicio". De esto se deduce que, para santificar el trabajo, no es necesario solo hacerlo técnicamente bien, y ofrecérselo al Señor, sino más bien trabajarse a sí mismos para adquirir las virtudes humanas que Dios después potencia, concediéndonos las virtudes y los dones sobrenaturales (la vida de la gracia). Esta meta es accesible, viviendo una vida de sacramentos y buscando momentos, cada día, para la oración; que sean compatibles con las actividades de un laico, que tiene responsabilidades familiares, profesionales y de solidaridad civil. San Josemaría resumía así su doctrina acerca del trabajo: "*santificar el trabajo, santificarse en el trabajo, santificar a los demás con el trabajo*".

Para concluir, el trabajo no solamente nos santifica a nosotros mismos y lo que hacemos, sino también a los otros. Unidos a Dios Padre, somos co-creadores; a Dios Hijo, somos conredentores. Y unidos al Espíritu Santo, cooperamos en el apostolado del trabajo, ofreciendo el buen ejemplo, la doctrina cristiana y la solidaridad. Somos co-santificadores, en virtud de la gracia, también atrayendo a los demás al ideal de Cristo. El proselitismo se ejercita exclusivamente con los paganos.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

A diferencia de la concepción individualista de la salvación, propia de Lutero, los cristianos -ortodoxos y católicos- saben muy bien que el obrar del cristiano es intrinsecamente solidario: nadie llegará solo al Cielo o al Infierno. Pero a Lutero podremos reconocerle, además de la valorización del sacerdocio común de los fieles, típico de todos los bautizados (y por lo tanto del laico), la feliz inspiración de haber llamado a la profesión, al trabajo profesional, con el termino *Beruf*, que en alemán significa "vocación", llamada. El trabajo humano, subrayaba san Josemaría "*es parte integrante de tu vocación a la santidad*", hacia la que todos estamos llamados.

Las raíces del trabajo son, como se puede ver, profundamente religiosas.

Síntesis final

San Josemaría ha renovado el mensaje de la llamada universal a la santidad, comprendido y vivido en los primeros siglos del cristianismo, y después perdido. Ha sabido restituir dignidad y un papel propio y exclusivo a la misión de los fieles laicos en la Iglesia (santificar las realidades temporales), que parecían privados de una identidad activa y peculiar. Ha revalorizado todas las actividades ordinarias, familiares, sociales y profesionales, desde la perspectiva de la vida de la Sagrada Familia, la de Jesús, José y Maria, antes de la misión pública del Mesías.

Aunque en la *Rerum Novarum* ya se inició una reflexión sobre las problemáticas relativas al trabajo, sólo después del Concilio Vaticano II ha nacido una autentica teología católica del trabajo; ciertamente, precedida y facilitada por el mensaje del fundador del Opus Dei.

San Josemaría ha dejado de distinguir entre trabajo manual y intelectual, entre vida contemplativa y activa, bendiciendo todo trabajo "honrado". Ahora bien, lo que más me ha llamado la atención en el documento social -ético y teológico- de la Iglesia Ortodoxa Rusa, en el capítulo VI dedicado al trabajo, es que, de una manera neta y tajante, se establece la necesidad de no discriminar entre diferentes profesiones, si están al servicio del hombre: "*la Iglesia bendice cada trabajo que tienda al bien de las personas. Con esto, no se privilegia ninguno de los aspectos de la actividad humana...*" (VI,5). Es exactamente el mismo mensaje de san Josemaría, que en la Doctrina Social de la Iglesia Católica, en cambio, no aparece de un modo tan explícito y directo en los diversos párrafos que tematizan el trabajo humano.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Yo creo que la Iglesia de los bautizados en Cristo puede adquirir más fácilmente el bien de la total y original unidad para todos sus fieles, si profundiza también en una reflexión común sobre esta meta tan provechosa, en estos tiempos; si revaloriza lo que es cotidiano y ordinario. Es decir, el trabajo de cada día, la vida familiar y las relaciones sociales y solidarias, como meta accesible a todos para santificarse, unidos a las otras formas de santificación necesarias, tradicionales y elevadas. También, para orientar mejor el mundo actual, que parece perdido en el relativismo individualista y en la injusticia social, hijos de aquella Ilustración negativa, donde sucede que "*las seducciones constituidas por las conquistas de la civilización alejan a los hombres del Creador, y los conducen a una ilusoria creatividad humana, que se atreve a organizar la vida terrena sin Dios*" (Iglesia ortodoxa rusa, *Los fundamentos de la concepción social*, VI,3).

El cristianismo puede, por el contrario, colmar todas las aspiraciones propias de cada hombre, incluida también la de dar un sentido profundo a la misma vida ordinaria: *"Realizad las cosas con perfección, os he recordado, poned amor en las pequeñas actividades de la jornada, descubrid -insisto- ese algo divino que en los detalles se encierra"* (san Josemaría, *Amar al mundo apasionadamente, n. 121).*

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei